



CAPITULO V

¡Dios salve al Emperador!

**P**ERDÓNESEME la comparación; pero los honorables miembros de la Comisión mexicana andábamos (y digo andábamos, porque también *pars minima* fuí en la distribución de los ciento y tantos mil pesos con que nos dimos pisto en Europa) como don Quijote y Sancho Panza cuando buscaban en el Toboso los reales palacios de Dulcinea, hechos unos verdaderos bausanes.

El veinticinco de Marzo, si no me engaña mi diario, llegamos á Viena; Gutiérrez escribió una carta á Francisco José solicitando se le recibiera, y ordenó á los miembros de la diputación que estuvieran hechos unos veinticuatro al día siguiente á las once, hora en que de seguro podrían besar las manos de Su Majestad Imperial Apostólica: el secretario de S. M. I. A. escribió el mismo día á

Gutiérrez avisándole que no podía recibirle el Emperador por causa de urgentes ocupaciones y el mismo resultado tuvo una segunda petición.

Ya se retiraban tristes y alicaídos los portadores de la corona, cuando supieron inopinadamente que Maximiliano estaba en Viena: allí se encontraba en efecto S. M.; pero al ocurrir Gutiérrez, con la confianza de siempre, á avisarle que había llegado allí con su tropa y llevando consigo muchas más actas de adhesión, recibió un recado que S. M. le mandó por medio de Hersfeld, á saber, que sin demora pasáramos á Miramar para donde salían el mismo día Maximiliano y Carlota. Fuimos á aguardarles á la estación, pero sólo nos encontramos en ella á Zychy, á Hersfeld y á los demás miembros de la casa de los Emperadores; SS. MM. no se presentaron, pero después supimos que habían alcanzado el tren en una estación del camino á donde llegaron en un carruaje de la corte.

Arrangoiz, que era la lengua más mala de ambos hemisferios, andaba torvo y malhumorado mientras acontecían estas cosas.

— A mí no me la da el príncipe; aquí hay gato encerrado; conque conferencias con el Emperador de Austria; conque rehusarse á vernos; conque salir no de incógnito, sino de estampía... Esto digo que no es natural, que no es natural y que no es natural...

— ¡Pancho, por Dios! decía Gutiérrez casi lloroso; no

sea usted mal pensado... Esa imaginación volcánica, esa imaginación le pierde á usted... ¿Por qué se figura usted esas cosas tan funestas, tan alarmantes, tan terribles? ¿Qué sabemos usted y yo, pobres mortales, de lo que pasa entre los príncipes?...

— Cada cual sabe lo que sabe, señor don José María, replicaba *Gota de agua*; y yo sé de manera de no poder dudar, algo que no le gustaría á usted conocer, algo que es grave, muy grave... vamos, lo diré de una vez: sé que pasa entre los príncipes, sé que andan á matar, sé que tienen graves disgustos, sé que se han dado cada agarrada que ha temblado el palacio de Viena.

— Hombre, hombre, exclamó Gutiérrez ufano; ¡qué fantasía tiene usted! ¡cómo se conoce que está usted empapado en los novelones de Dumas y otros de su calaña!... Valido de que habla una miajita de alemán, nos va á contar que ha tratado el asunto con el conde de Rechberg... Adiós, Metternich.

— Me dispensa usted, murmuró Arrangoiz rojo como un pavo, que me retire de aquí: temería faltar al respeto á usted y á nuestro futuro soberano si soltara algo que yo me sé.

— Jí, jí, jí, jí... ¡Qué mosca lleva, qué enojado va! Es un excelente sujeto, pero, caramba, tiene un genio de pólvora... Nada sabe, nada le han contado, se lo figura todo; pero lo dice con un aplomo... Apenas puede caber en men-

te humana que puedan disgustarse dos hermanos que son el espejo de la concordia, la personificación del cariño mutuo... A este Arrangoiz le falta un tornillo, tiene que faltarle...

Llegamos á Trieste el Viernes Santo, y Aguilar, que recorrió las iglesias con un enorme libro bajo el brazo, no cesaba de exclamar:

— *Malum signum, malum signum*; venir á ofrecer una corona el día en que Su Divina Majestad padeció y murió ¿no será señal de que le traemos al Emperador una corona de espinas?

— No sea usted vulgar, don Ignacio, no diga tonterías, exclamaba Gutiérrez enfadado: la corona está ya ofrecida y ahora sólo venimos á ver si se acepta; y luego, si viniéramos á ofrecerla, no sería hoy cuando nos presentáramos, pues dejaríamos de seguro pasar la semana mayor.

— No sé, no sé; pero á mí no me gusta.

El mismo viernes fuí á Miramar, y lejos de encontrarme el espectáculo plácido y regocijador que me aguardaba, pues se decía que el domingo de Pascua de Resurrección sería la ceremonia de aceptar la corona, me hallé sólo caras espantadas, ojos húmedos por el lloro, desorden y confusión.

El Emperador estaba metido en su cuarto, la Emperatriz se movía llena de agitación, los familiares se comunicaban entre sí tristes presentimientos.

A poco llegaron Gutiérrez, Hidalgo y Velázquez de León. Pronto les introdujeron al departamento en que la Emperatriz estaba en mi compañía; en seguida llegaron Schertzenllechner, Hertzfeld y el barón de Pont, y al fin Maximiliano pálido, con la barba en desorden, los ojos ex-



traviados y el aspecto de quien acaba de sufrir ó está sufriendo una revolución moral espantosa.

— Señora... Mi querido Gutiérrez... Salud, carísimo Hidalgo... Felicidades, señor de Velázquez... Os agradezco, señores, que hayáis venido tan pronto obsequiando mi llamado... Hay novedades... grandes novedades... No iré á México...

Y se sentó de golpe en un sillón. Describir las caras de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

susto de los pobres diplomáticos, sería imposible; eran las caras de los convidados de Machbet ante el espectro de Banquo.

— ¡Sire, por Dios! se atrevió á articular Gutiérrez.

— No voy á México porque se trata de deshonrarme, de hundirme, de acabar conmigo... Vosotros no podéis querer un emperador sin honra, ni yo me atrevo, manchado como estoy, á aceptar la corona que me ofrecéis... Todo acabó, señores; todo acabó...

— Pero nosotros, Sire... balbuceó el presidente de la diputación.

— No, vosotros no sois los culpables; lo son la envidia, el encono, la infamia, la ruindad... ¡Quién había de pensar en esa cosa horrible, en esa traición sin ejemplo, en esa infamia sin precedente! Es una puñalada, una puñalada por la espalda... ¡Y qué mano me la da!... la mano del ser que quiero más en el mundo después de esta santa mujer, la de mi soberano, la del jefe de mi casa!...

— ¿Su Majestad el Emperador de Austria? preguntó Velázquez.

— Sí, Frantz, mi adorado Frantz, el compañero de mi infancia, mi padre, mi jefe, mi amigo... Mete el puñal hasta el pomo, lo remueve en la herida, me destroza el corazón, exclamó Maximiliano recreándose en aquella truculenta metáfora... Quiere que para ser Emperador de Méxi-

co renuncie á mi calidad de Hapsburgo, á mi calidad de austriaco, á mi calidad de hombre... Tiene celos de mí, tiene celos de mi popularidad, del cariño que me tienen las gentes... ¡Cuán caros trata de hacerme pagar los gritos de «Viva el Archiduque Max, muera el Emperador Frantz!» con que me han saludado en las calles de Viena... ¡Pero no será, vive Dios; no será y no será!...

A todo esto los miembros de la comisión estaban hechos unos infelices, pues no sabían á qué santo encomendarse, porque no se llegaban á percatar qué significaban tantas interjecciones, tanto levantarse de la silla, tanto mesarse las barbas y tanto golpear los muebles con las manos crispadas. Un momento en que S. M. quedó con la cara entre las manos, la Emperatriz tomó la palabra.

— Se trata, dijo, de la renuncia que, antes de que acepte la corona de México, exige de Max su Emperador.

— Creí, interrumpió el bobalicón de Pepe Hidalgo, que todo estaba arreglado y que S. M. había renunciado ya á sus derechos eventuales á la corona de Austria.

— No, no renunciaba aún...

— Eventuales... susurró con furia Maximiliano levantando la cabeza y lanzando una mirada de odio al archingenioso Hidalgo.

— Los derechos de S. M. no son eventuales, rugió Carlota, no son eventuales, sino muy ciertos y seguros; es el primer agnado de la casa de Austria, y en caso de muer-

te ó imposibilidad del príncipe Rodolfo, tiene derechos indiscutibles al trono.

Maximiliano estaba de pie cerca del vano de una puerta, tenía cogido el cortinaje con ambas manos, y ordenó á Herzfeld:

— Leed.

El capitán de navío leyó en francés una larga renuncia de todos los derechos al trono de Austria. Luego, tomando la palabra, explicó:

— En realidad hay aquí dos renunciaciones: á los derechos que S. M. tiene al trono de Austria, y á los que posee al patrimonio archiducal creado por la emperatriz María Teresa. Alega Su Majestad Imperial y Apostólica que Su Majestad de México debe renunciar á sus derechos para no dejar vacilante á la monarquía austriaca y para no dejar acéfala á la monarquía mexicana. El caso es nuevo y S. M. no ha hecho en el acta que acabo de leer más que reproducir los documentos que se conservan en el archivo de la cancillería austriaca para el caso de matrimonio de las archiduquesas; pero evidentemente que no es ese el caso tratándose de un archiduque que acepta una corona extranjera. Por otra parte, el acta propuesta contiene frases incompatibles con la honra y el decoro de S. M. Al ir S. M. á México...

Maximiliano había ocultado el rostro en la tapicería, viéndose al cortinaje moverse á intervalos iguales, como

si lo sacudieran los sollozos de quien se tapaba con él. Cuando oyó la última frase de Herzfeld: « Al ir S. M. á México », Maximiliano levantó la cabeza, y con los ojos inundados de lágrimas, dijo en tono de niño testarudo:

— Pero si no voy...

Entonces se vió una cosa tierna y dulce, que todavía me conmueve cuando la recuerdo: Gutiérrez Estrada se hincó de rodillas, abrazó las del Emperador, y con voz empapada en lágrimas, sumisa y doliente, empezó á decir á Maximiliano:

— No se afija V. M. que al fin los derechos al trono de Austria de nada le podían aprovechar siendo Emperador de México... ¿Para qué quiere V. M. trono en Austria, si cuenta con el que le alzaremos todos los mexicanos en nuestros corazones? A vuelta de algunos años V. M. será el jefe de un gran imperio que nada tendrá que envidiar en florecimiento á éste ni á ningún país... No nos abandone V. M.; mire que en V. M. tenemos puesta toda nuestra esperanza...

Maximiliano no pudo resistir más; se escapó del cuarto en que estábamos todos, volviendo á poco más sereno y más tranquilo.

— No, no digo definitivamente que no iré; sólo digo que por ahora aplazo la aceptación... Mañana saldré en la *Novara*, iré á Civitta Vecchia, pasaré á Roma y allí expondré mi cuita al Padre Santo. Pío IX no puede ver con

ánimo sereno esta enorme injusticia; él me ayudará, me tranquilizará y evitará la horrible felonía con que se me amenaza...

— Sí, sí, exclamó Gutiérrez; nadie mejor que Pío IX para zanjar esta disputa entre hermanos...

— Si ustedes me permitieran... si no tomaran á mal esta proposición mía... En fin, si no conviene, se desecha...

— Que hable el Chevalier Hidalgo, ordenó Maximiliano.

— Pues mi parecer consiste en que vuelva este negocio á su origen... ¿No acepta la corona S. M. porque se la ofrece Napoleón III? ¿No es Napoleón III el garante de la validez y de la existencia de este contrato? Pues á él, á S. M. el Emperador de los franceses, recurramos para que salve esta dificultad. Que hable á su amigazo Metternich; que Metternich telegrafe á S. M. austriaca, que se entiendan de soberano á soberano y todo quedará listo... Autoríceme V. M. á enviar un telegrama á París, concédame un plazo de veinticuatro horas, y yo le respondo de que tendremos una respuesta que nos reconforte y quizá nos salve.

Carlota, Herzfeld, Schertzenllechner y yo apoyamos calurosamente el parecer de Pepe, y se le otorgaron á éste amplísimas facultades para entenderse con Badinguet. Debe de haber sido favorable la respuesta, porque todo siguió tranquilo, ó al menos, muy alejado de la alta *tessitura*

en que le habíamos visto los días anteriores. El cambio en la situación se manifestó por la llegada á Miramar de muchísimos personajes de charreteras, cordones y espadas, enviados ora por el Emperador Frantz, ora por su colega de París.

Uno de esos días, la Emperatriz me previno me alistara para acompañarla, y por la tarde, en unión de la inevitable señora de Lützon, salimos para Viena. El pretexto era dar el pésame á la Emperatriz de Austria por la muerte de la archiduquesa Hildegarda; la realidad, discutir con el Emperador los gravísimos negocios pendientes.

La vieja aya y yo veíamos regresar diariamente á nuestra Emperatriz con la cara enrojecida, la voz mudada, los ojos unas veces alegres y otras llorosos, y el aspecto de quien acaba de librar una batalla y espera tener que combatir en otras. Yo me quedaba en babia, pues ni podía comunicar mis impresiones á la vieja condesa, porque no hablaba más idioma que el alemán, del que yo no entendía palotada, y aunque lo hablara no avanzaría cosa, pues ella era más callada que la más callada de las tumbas.

Pasados seis días regresamos á Miramar y ya nos encontramos todo cambiado. Hidalguete me recibió ufano:

— ¡Triunfo en toda la línea, señora, triunfo completo!... Acepta, renuncia á todo cuanto tiene por aquí y se nos consagra por completo... Y ¿á qué no sabe usted quién es el causante de esa feliz resolución? Pues lo es nada menos

que aquel caballero que se divierte en echar chinitas al mar desde la veranda.

— ¿Aquel viejo, lampiño, cabezón, con aspecto de comerciante retirado de los negocios?

— El mismo, el mismísimo Mr. Hope.

— ¿Hope? ¿Pero ese caballero es archiduque, legista, consejero áulico ó general francés?

— Ninguna de esas cosas; pura y simplemente trajo al Emperador un regalillo que consiste en diez y siete barrilitos y un montón de papeles...

— ¿Y qué contienen esos barrilitos? ¿Dulces, conservas?...

— Nada de eso...

— ¿Acaso guardarán alhajas?

— ¡Que se quema usted! Tienen nada menos que tres millones de francos en oro, y los papeles son libramientos contra la caja del ejército francés en México.

— ¿Y eso?

— Los ocho millones que se destinan á los gastos personalísimos del Emperador son la vanguardia de otros cuarenta y dos que irán á regenerar á México y á ponerlo en el lugar que le toca... Lo arregló todo Mr. Fould, el ministro de Hacienda francés, y aunque estuvo á punto de fracasar la combinación por causa de las vacilaciones de S. M., arreglado el empréstito cesaron las vacilaciones...

Al día siguiente hubo gran alboroto en el castillo. Lle-

gó un gentío inmenso que hacía grande acatamiento á un caballero de buen porte y muy parecido á Maximiliano. Al llegar á lo alto de Miramar, la comitiva se detuvo; el Emperador bajó la escalera de mármol, besó en ambas mejillas al sujeto que se le asemejaba, éste le echó los brazos y juntos continuaron su camino. El visitante y el Emperador permanecieron reunidos no sé si dos ó tres horas, y al cabo de ellas ambos salieron nuevamente cogidos del brazo, y subieron en los coches que les condujeron al camino de hierro.

Dicen que cuando Maximiliano vió partir el tren que se llevaba á su hermano (que no era otro el visitante), se echó á llorar desconsolado, y que ni aún sabía responder á la despedida del Emperador.

— Claro, comentaba Arrangoiz; como que juntamente con el humo de la locomotora veía disiparse la esperanza de llegar á Viena.

El día siguiente, que fué domingo, lo recuerdo como si fuera ayer. El cielo se veía como nunca, límpido y claro; el aire era suave y acariciador; todo estaba tan pulido y tan terso como las rampas de mármol y las arquerías de granito que desde muy temprano habían fregoteado los mozos del castillo: parecía que la naturaleza también estaba acicalada y endomingada para contribuir á la solemnidad.

A las once en punto, tras el batidor con la librea del